

El 26 de mayo de 2020 publiqué en mi muro de Facebook la foto «Fotografía anticliché» junto con un texto que la acompañaba. Entre los diversos comentarios que aparecieron, el de Gustavo Hernández Becerra, sorpresa aparte, me produjo una especial satisfacción, pues se trataba de un soneto que me dedicó tras la visión de la estampa. Así le contesté, al instante, que uno no está muy habituado a ser motivo de inspiración de sonetos: «¡Qué alegría me acabas de dar, Gustavo! ¡Cómo cambia el tono de la tarde de un martes... y de una semana entera! ¡Así da gusto despertarse de una siesta! Todo un soneto dedicado. Lo mismo te deseo, hermano, sana y larga existencia, y que desde ella no me deje de llegar tu amistad continua y el correr incesante de tu creación artística (y ya sabes, el soneto irá directo a la «Egoteca», como bien se merece)». Pues eso

[MIRADA PERSPICAZ, TEMPLADA MANO...]

Mirada perspicaz, templada mano,
atención dividida, pulso honesto,
gesto galante, generoso y presto,
imagen viva de equilibrio humano.

Es tu actitud la propia del hermano
que alcanza en su vivir un manifiesto
buen gusto, y el placer, rico o modesto,
regalos no otorgados al profano.

Salud tengas, poeta, muchos años.
Que agudos versos, rimas desmedidas
sigan curando nuestra vida aleve.

Líbrete el tiempo de sus crueles daños,
y que tus letras siempre bienvenidas
con dulce vino hasta nosotros lleguen.



«Esta imagen debería aparecer en revistas como “Nature”, “Science” o, al menos, en “Muy Interesante”. ¿Por qué...? Porque en ella se demuestra de forma objetiva, fehaciente y palmaria que los hombres, o sea, los varones, sí que podemos hacer dos cosas a la vez. Me encontraba yo en el otoño de 2012 en el pueblo turolense de Valderrobles para participar en una jornada literaria (firma de libros, lectura de poemas y tertulia literaria) organizada por Octavio Serret —Librería Serret—, junto con el novelista Sergio Galarza y acompañados por Olga y Paco de Editorial Candaya; y la foto corresponde a la víspera de esa jornada, un almuerzo donde a mi lado se ve a Jorge Larrosa y a quien sirvo, con precisión absoluta digna del mejor barman (y es que quien tuvo, retuvo), un vaso de buen vino. Al mismo tiempo, con mirada aguileña controlo el movimiento de dos platos portadores de sabrosas viandas: el de jamón ibérico y el de queso manchego, no fuera ser que por descuido fatal desaparecieran de mi radar (porque hay que ver, en cuanto le das oportunidad, lo que traga la tropa lírica) y los poemas que al día siguiente tenía que recitar perdieran fuerza expresiva por falta del sustento necesario, por no decir el desastre que supondría no poder sostener la pluma en la firma de libros por manifiesta debilidad de mi persona. En resumen, mi cerebro testosterónico, para asombro de la comunidad científica, consiguió ejecutar con éxito dos tareas diferentes: Primero, servir, sin mirar, el vino hasta el borde del vaso y que ninguna gota se derramara y, segundo, que alguno de los comensales, como por ensalmo, se quedará sin jamón y sin queso manchego.»